

Je suis citoyen français

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

El pasado 16 de febrero, sábado, coincidiendo con una nueva manifestación en el centro de París de los chalecos amarillos, una minoría insultó al filósofo Alain Finkielkraut al salir de un taxi. “Sucio sionista de mierda” o “fascista, vete a tu casa de Israel” fueron varias de las lindezas proferidas contra este profesor de la prestigiosa École Polytechnique, muy popular por sus numerosas apariciones en televisión. El incidente está en manos de la Fiscalía, pero la verdad es que no se trata de un suceso aislado, puesto que el fin de semana anterior ya habían aparecido pintadas antijudías tras otra protesta de los mismos protagonistas, por no hablar de las esvásticas en las tumbas del cementerio judío de Quatzenheim, en Alsacia. En general, los ataques hacia la población judía o sus intereses han aumentado en Francia un 74% en 2018 (541 casos frente a los 311 de 2017), habiendo encendido las alarmas en el gobierno de Emmanuel Macron, quien ha prometido que sus autores serán castigados. Por de pronto, las movilizaciones convocadas para el 19 de febrero por los principales partidos políticos, salvo la Reagrupación Nacional de Marine Le Pen, que no fue invitada, se saldó con decenas de miles de franceses en las calles. De todos modos, salvo la de la Plaza de la República de la capital gala, no parece que realmente hayan sido muy numerosas.

Pero uno de los aspectos que me ha llamado la atención ha sido que alguno de los presentes en estas marchas portaba un cartel diciendo “Je suis juif”, eslogan que yo cambiaría por el de “Je suis citoyen français” (“Yo soy ciudadano francés”). Porque si por algo se caracterizó la Revolución Francesa de 1789, como antes la norteamericana, fue por la conquista de la ciudadanía. El ciudadano es un individuo provisto de derechos y deberes con independencia de su origen, religión o sexo. Frente al súbdito propio del Antiguo Régimen, con las revoluciones liberales de finales del siglo XVIII y principios del XIX, se logró construir un novedoso significado de nación basado en la ciudadanía. Recogido, por cierto, en las constituciones, esos textos que ponían coto al poder omnímodo de los monarcas absolutos y que, como tales, eran disolventes del sistema político anterior. Libertad, igualdad y propiedad constituyen la tríada revolucionaria del liberalismo de Locke. Por tanto, no se trata de apelar ahora al expediente religioso o grupal, como implica el “Je suis juif”, sino de profundizar en el concepto de ciudadanía y de los valores republicanos. En eso consiste la democracia, de suerte que ese tipo de lemas no hacen sino el caldo gordo a los extremistas.

Un ejemplo claro de esto último lo observamos en el ministro israelí de Inmigración, Yoav Gallant, que, ante estos hechos, no tuvo mejor ocurrencia que declarar “condeno vigorosamente el antisemitismo en Francia y digo a los judíos: volved a casa, inmigrad a Israel”. ¿Pero de qué casa habla este insensato? Frases como ésta sólo sirven para dar la razón a cuantos piensan que los judíos, en el fondo, no son auténticos ciudadanos de las naciones que habitan, sino simplemente quintacolumnistas del Estado de Israel. Esto choca con lo sucedido en los años treinta en la Alemania nazi, pues cuando empezó la persecución, muchos judíos no la entendían, por considerarse cien por cien alemanes. De ahí que las palabras de este dirigente del Likud (partido de Netanyahu) vuelven a poner sobre la mesa esta problemática. ¿Acaso pretende que el medio millón largo de judíos franceses se marche a Israel? ¿O que todos los judíos de Europa se instalen en la Tierra Prometida a costa, claro está, de los palestinos? En efecto, eso es lo que les gustaría: limpiar la región de árabes y construir un país

químicamente puro judío. Ése era el sueño de Ben Gurion y en él están empeñadas las autoridades israelíes, cada vez más escoradas a la extrema derecha.

Lógicamente, no es fácil hallar una solución al antijudaísmo en Francia y en el conjunto del continente, ya que está muy arraigado históricamente. Baste recordar los pogromos de la Edad Media (agresiones a los barrios judíos), su expulsión de las Coronas de Castilla y de Aragón en 1492 o el movimiento en su contra que recorrió toda Europa en la segunda mitad del siglo XIX, con Francia y Rusia a la cabeza. Evidentemente, el punto álgido se produjo en las décadas de los treinta y cuarenta, culminando con la Solución Final. Sin duda, las actuales circunstancias son completamente distintas y el antijudaísmo existente no termina de ser bien explicado. No se relaciona únicamente con el auge de fuerzas de extrema derecha, habida cuenta de que, como el propio Finkelkraut ha advertido, hoy en día existe un antijudaísmo de izquierda y progresista. Incluso, siguen vigentes las teorías conspiratorias tradicionales de que el capitalismo y el judaísmo mueven la economía del mundo y, en consecuencia, el que Macron trabajase y se enriqueciese en la Banca Rothschild es un argumento simplista, pero que sigue teniendo su público y se está viendo en los chalecos amarillos. Las propias acciones de Israel con los palestinos despiertan, por su parte, un claro sentimiento anti-israelí, a veces confundido con el antijudaísmo, cuando, en realidad, son dos fenómenos distintos. En definitiva, la respuesta no es sencilla y es necesario insistir en la necesidad del fortalecimiento de las sociedades formadas por ciudadanos con plenos derechos respetados por todos, aunque no sólo en Francia o en Europa, sino también en Israel, donde sus métodos de apartheid no ayudan a solucionar el problema.

25 de febrero de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 2 de marzo de 2019, p. 28